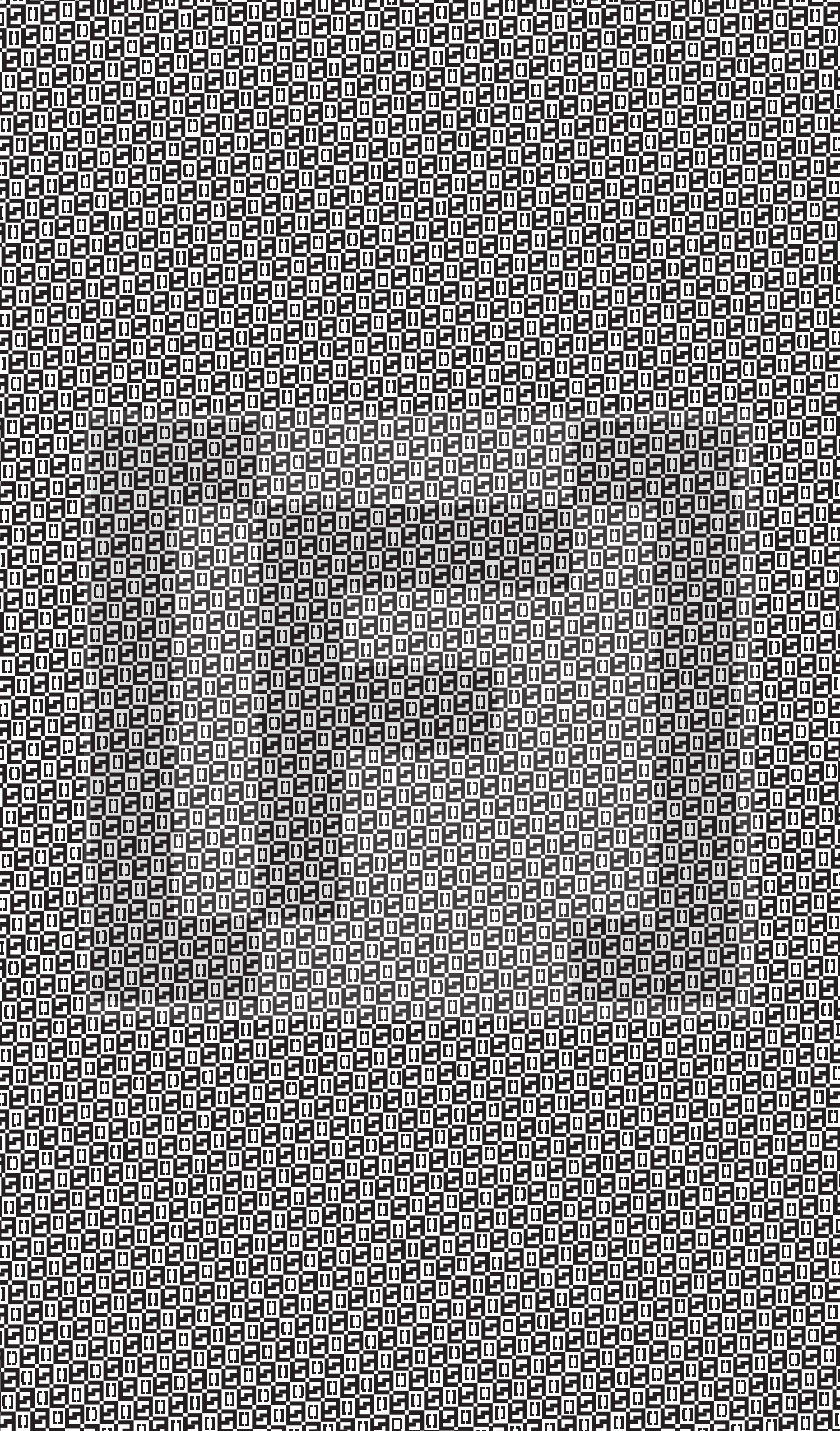




A morir  
Broemmel & Castagna

**FACTOTUM**  
EDICIONES





*A morir*





A morir  
Broemmel & Castagna



Castagna, C.

A morir / C. Castagna ; Christian Broemmel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2016.

152 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-46218-3-2

1. Literatura. 2. Narrativa Argentina. I. Broemmel, Christian II. Título

CDD A863

© Broemmel & Castagna, 2016

© Factotum Ediciones, 2016

Pasaje Rivarola 169 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

[info@factotumediciones.com](mailto:info@factotumediciones.com)

Primera edición, 2016.

Coordinación editorial: Renata Cercelli

Diseño de maqueta: Renata Cercelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Composición de interior: Brenda Wainer

Corrección: Bettina Villar

Arte de tapa: C. Castagna

Retrato de los autores: Emilio Martín Fernández de Lema

ISBN 978-987-46218-3-2

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Uno

Estoy obsesionado con un cliente del locutorio donde trabajo. Tengo que saber quién es, qué oculta, qué es lo que está tramando. Todas las noches lo observo fumar en la vereda; alto, enorme, con la cabeza hecha una maraña gris, y la panza colgando por fuera del cinturón. A su lado siempre hay un par de bolsas de supermercado Eki, llenas de comida. Provisiones. Por alguna razón elige mi horario; diez de la noche a seis de la mañana. El gordo suele hacer tiempo hasta que alguno de los chinos de turno termina de revisar las cuentas del empleado anterior. Los chinos son mis jefes, y siempre es uno distinto el que cae, sin una lógica definida, para chequear los números y el estado de las instalaciones. Cuando la caja está en orden, se despide con un gesto de reverencia y una mirada baja, pero penetrante. Son callados, eficientes, sigilosos, como gatos, y nunca logro diferenciarlos. ¿Serán socios? ¿Empleados? ¿Familiares? Tendría que preguntarle a Broemmel, lo voy a anotar.

Cuando empieza mi turno después de que el chino sale por la puerta de vidrio, el gordo se atraviesa y la aguanta con el

cuerpo. Escupe el cigarrillo a la calle y entra, avanzando muy despacio. Los pies hinchados revientan los cordones de las zapatillas. Se para frente a mí y arroja sobre el mostrador el equivalente a ocho horas de máquina, a veces más (siempre con el cambio justo), mirándome con unos ojos hundidos, vidriosos, inexpresivos. Habla con suavidad y exige, en un tono levemente hostil, los mejores auriculares que tengamos. Por indicación de los jefes, siempre hay un par reservado para él, debajo del mostrador. No sé qué tienen de diferente pero por las dudas no pregunto. Intento acomodarlo en alguna de las máquinas del salón del fondo. Y así lo veo irse, inclinando todo el peso del cuerpo hacia un lado, y hacia el otro, a punto de colapsar sobre sí mismo, como un planeta, bamboleando sus cosas sobre los demás clientes, tan furiosamente abocados a eliminar zombies, que ni se enteran.

El salón del fondo es frío y húmedo. Durante mi horario trato de mantener la puerta del baño cerrada. Los de la tarde dicen que limpian con amoníaco, pero el olor es insufrible, e invade todo el local. Las paredes celestes van cayéndose de a poco, la mitad de las máquinas no funciona, las sillas tambalean, y el único tubo fluorescente parpadea toda la noche. Creo que a veces me produce alucinaciones. Hay un póster de una chica en bikini montada en una Kawasaki Ninja, que puso Broemmel. Se ve que alguien le arrancó un pedazo, la parte del culo. En más de una ocasión me encontré a un borracho durmiendo abajo de una mesa, entre cables y zapatillas llenas de polvo, o algún pibito con una bolsa de pegamento reseco, totalmente dado vuelta.

Los fines de semana, un grupo de wachines y wachinas se reúnen en la vereda a hacer la previa. Toman cerveza del pico



y litros de fernet que preparan en envases de gaseosa cortados por la mitad. Piden permiso para pasar al baño, donde se hacen los tejes. Drogas. Sexo. Los pibes van de un lado para otro correteando a las chicas. Piden petes: por favor, por favor, dale, copate hermosa. Las minitas, re-zarpadas, van y vienen entre las máquinas, retocándose los labios, revolviendo los culitos ajustados para distraer a los matazombis. Eso las divierte. A los wachines cualquier malentendido los pone picantes. “¡Parate de manos, gato!, apura alguno, y ahí nomás ya se trenzan. Los wachines lanzan golpes de forma desordenada, a lo murguero. Los matazombis son fríos y manejan mejor la técnica, anticipándose a cada movimiento. Un ejército de ellos sería realmente peligroso. Yo trato de no intervenir, a menos que haya algún incidente grave. Un herido, un acuchillado.

Cuando el gordo finalmente se instala frente al monitor, se calza los auriculares y despliega un festín sobre el teclado, entre los paneles de durloc que separan las máquinas. Se oye el crujido del plástico, que descubre pilas de tartas individuales, empanadas, altas porciones de torta de chocolate, frutas y gaseosas de 2.25 litros. La papada mórbida no lo deja respirar bien, y se ahoga en un jadeo fuerte, entrecortado. Se concentra en las imágenes mientras engulle desafortunadamente. Mastica pastoso, ÑÁMF ÑÁMF, con rabia a la comida, o a sí mismo. Es adicto a la versión clásica de la serie *Viaje a las Estrellas*. Yo simulo que voy al baño, o a buscar algo en el depósito del fondo; paso por detrás de él y solamente veo al Señor Spok con esa cara de nada. Es una incógnita. El aire empieza a impregnarse de olor a atún y cebolla. Destapa una gaseosa detrás de la otra, TSSS, se manda tragos interminables; GLÓC GLÓC GLÓC, y la papada se mueve como gelatina. Emite eructos graves, profundos, burbujeantes, que retumban en todo

el local y hacen saltar a los matazombis. Se limpia la boca con el puño de la campera, sin desviar la mirada. Al momento de elegir el postre, si es que se decide por una fruta, no come una manzana: la chupa, la absorbe. La ingesta brutal vuelve a repetirse durante toda la noche, después de largos momentos en los que se queda hipnotizado, inmóvil, respirando apenas. Los flashes del monitor proyectándose sobre su cara.

Me gusta pensar en la noche como una especie de refugio, donde todas las horas son la misma. El tiempo no avanza, parece quieto, y el futuro es una idea sin forma. Eso, para mí, es la libertad. Me gusta que los días se repitan, sin sorpresas ni sobresaltos. Cierta rutina es sana. La luz artificial hace que mis sentidos se agudicen, me siento lúcido, perceptivo, alejado de los malos pensamientos. Uso todo ese potencial para escribir ideas u observaciones (tengo que pasarle a Broemmel mis notas sobre el gordo). Si tengo cocaína la voy administrado hasta el cambio de turno. Cada tanto los wachines pegan un *hit* en las grandes ligas y me traen algo bueno; si no, por lo general, el nivel de lo que consigo es de regular para abajo. Tendría que renovar mis contactos, porque estoy quedando muy dibujado; demasiada anfetamina. Para que garpe tengo que hacer rayas gordas sobre la tapa del depósito del inodoro, cada diez o veinte minutos. A mitad de la noche, después de todas esas tartas y metros cúbicos de gas, el gordo se levanta para ir al baño. Cuando vuelve a aparecer, ajustándose el cinturón debajo de la panza, lo sigue un vaho putrefacto que empieza a avanzar hacia todo el locutorio. Después de eso directamente tengo que poner el cartel de “clausurado”, y buscar algún otro recoveco para tomar a discreción. Cuando la noche es tranquila, hago rayitas cortas y rápidas sobre el mostrador. A veces, sin querer, me mando una miga de Criollita. Los matazombis

se dan cuenta. Me ven medio muñeco, moviendo las cosas de un lado para otro, y se ríen entre ellos. En general tenemos buena onda. El Speed con vodka puede llegar a excitarlos un poco, entonces gritan, festejan los récords, o van de una máquina a otra para golpearse de manera amistosa. Si no pasa nada, son horas largas donde lo único que se oye es el tecleo constante, como un murmullo, interrumpido cada tanto por una voz acelerada que dice, por ejemplo: “¡dale con la motosierra!”. En el pasillo, la intermitencia del tubo produce breves momentos de oscuridad.

Si no estoy tomando, el punto crítico es a las tres de la mañana. Cuando hay pocos clientes, recuesto la silla contra la pared y me dejo ir. Necesito sólo cinco minutos. Puedo sentir cómo mi respiración cambia de ritmo. Hace dos noches me quedé dormido; de golpe me despertó el silencio absoluto. El locutorio estaba tranquilo, el salón del fondo totalmente en negro. Asomé la cabeza; en el centro del pasillo estaba el gordo, de pie, con las manos a los costados y la mirada perdida. La luz del monitor le daba de costado. Pregunté si estaba todo en orden, si andaban mal los auriculares podía darle otros. No contestó. Volví a preguntarle si necesitaba algo. Sí. Necesito teletransportarme, dijo, después de un segundo en el que pareció recibir un mensaje desde otro lugar. Y agregó: ya estoy listo. Me escondí detrás de la estantería de las golosinas. La espalda pegada a la pared, con el corazón a mil. Apreté los ojos y sacudí la cabeza para despabilarme. Al rato miré de nuevo: la luz titilaba como siempre y él estaba sentado con los auriculares puestos. Tranquilo, igual que ahora: tragando una porción de torta mientras chupa meticulosamente cada uno de sus dedos.

Broemmel, mi compañero del turno mañana, es aficionado al motociclismo. Maneja una Honda XR-250. A las seis en punto,

mientras un chino desconocido cierra la caja, lo escucho llegar como un trueno por Rivadavia. Se oyen sus gritos en medio del estruendo. También podemos verlo pasar por la puerta haciendo willy. Si están los wachines, lo reciben con aplausos y le convidan fernet. Los wachines lo idolatran. Las wachinas lo adoran. Si viene de algún bar medio picado, agarra a alguna de las chicas y se la lleva para el fondo. Si no, acelera por última vez en la vereda, baja de la moto, se quita el casco, y saluda al chino de turno con una reverencia. Usa borcegos y chaqueta de cuero de corte motociclista. Es una onda Marlon Brando, según explica. En lo que dura el cierre de caja tenemos nuestro breve intercambio. Así fue que hace unos días le hablé sobre lo extraño que me parecía el comportamiento del gordo, que incluso muchas veces sigue frente a la máquina durante el turno de él. El tema le interesó; también había notado algo raro. Me propuso que tomara algunas notas y se las pasara por escrito; nada de computadoras, celulares o dispositivos digitales. No pregunté por qué. Tenemos un caso, dije, y le palmeé el hombro con cierta efusividad.

Acabo de encontrar una carpeta llena de polvo con remitos del año 2007. Nos va a servir para ir llevando el caso, en hojas ocultas al final. Antes de hacer un punteado con los hechos básicos, tengo que dejar el locutorio en condiciones. Juntar las latas de Speed de los matazombis, meterlas en bolsas de consorcio junto con los desechos del gordo, y recolectar los pedazos de papel higiénico pegoteados que dejan algunos en las computadoras de atrás. Me parece un buen gesto hacia mi compañero. Pero además de compañeros, con Broemmel somos amigos; no creo que lleguemos a ser íntimos, pero tenemos buena relación.

## Dos

¿Qué hacés hablando solo, Castagna?, le dije. Estaba grabando una nota de voz en mi mp3 con todo lo referente a la investigación, me contestó. ¿Investigación? Tenemos un caso, me había dicho con un brillo en los ojos, hasta me había palmeado la espalda como diciendo ahora somos colegas, y la verdad que ganar un poco de confianza no le venía nada mal. Castagna era un poco paranoico, por naturaleza y ayudado por eso que se metía en la nariz cada vez que podía; era de los que ven conspiraciones por todos lados y si en algún momento no encuentran ninguna es porque hay una conspiración para que no haya conspiraciones. Tenés complejo de antihéroe, le dije una vez, y él buscaba y rebuscaba ser la víctima de alguna red de propósitos oscuros que lo sobrepasaran, pero no la víctima que al descubrirlos se levanta para luchar por lo que cree que es justo y para ordenar su universo: era de los que se quedaban aplastados abrazando su almohada, saboreando la inevitable derrota, desmenuzando morbosamente hasta el último detalle de los eventos que parecían confirmar hasta sus más disparatadas sospechas. Y es que en esto hay una trampa, reflexioné: sobre

cualquier premisa se puede construir una sucesión lógica de pensamientos, interpretaciones y constataciones, no importa que esa premisa sea probada como real o no, y más aún si ni siquiera interesa demasiado comprobarla, porque lo que más tienta es su sabor a misterio y porque promete a la persona la condición de explorador de una realidad, a la cual solamente él puede llegar a conocer porque es el ahora único poseedor de la llave que abre esa puerta. Ponele épica a tu vida, Castagna, le había dicho una y otra vez, pero ahora con esto de la investigación me parecía que se le iba la mano.

Los eventos se precipitaron un par de días después, no sé cuántos exactamente, pero sí me acuerdo que justo el día anterior le había puesto los parlantes a la 250; la hacía rugir en dueto con un solo de Ritchie Blackmore; pero ya esa mañana no, venía más tranqui, más melanco: llegué al son de *estuve tomando whisky de muy baja calidad, si este whisky no me mata, nada me podrá matar*, y es que a la salida del boliche, mientras me comía unos churros, había estado leyendo a Byron y me había pegado mal. ¿Qué escuchás?, me preguntó una chichi que siempre estaba: pollera, zapatillas sin medias, M. se llamaba, y no es que no quiera decir el nombre sino que no me lo acuerdo: Melina, Romina, Mabel, Renata o Yanina, una wachina, como les decía Castagna. Los Parchís, le dije. Está joya, dijo, no los tengo, ¿son del oeste? Pappo, nena, informate, ¿te suena? Ssssé, me contestó sin convicción. En el fondo tengo la discografía completa, le dije, ¿te va? La chichi miró a su compañerito, que tenía un pañuelo atado al cuello, se le dobló un poco la pierna mientras se mordía un labio y me iba a decir que sí ante la mirada resignada de su chico cuando la dejé de garpe y entré: será la próxima, le dije, y la pobre se habrá querido matar pero la cosa es así: a dudar a la casa de mami. Igual no tenía ganas, estas chichis solamente buscan

quemarse con leche caliente, se quedaron en la mamadera, yo aspiro a otra cosa, un poco de fuego, la combustión del alma en el cuerpo, qué sé yo; cuando andaba con alguna le decía: vos tenés que aprender de la Diablesa lo que es una mujer. A Castagna, en cambio, le gustaba hacerse notar con las wachinas. Sos pop, Castagna, le decía, Mirinda no corre. Miranda, vos decís, o algo así me decía. Bueno, es la misma cantidad de azúcar. No me gusta Miranda, me retrucaba, pero qué importa, la cuestión era decir algo, hablar de algo, devolverle la trompada a la mole de chatura que me atacaba cuando ponía un pie adentro de ese nido de la Horda.

El locutorio, el cyber. Curioso: en las cabinas los veía hablar todo el día pero no podía escuchar lo que decían, y en las computadoras los veía ver todo el día pero no podía ver lo que veían. Bueno, tenía que pagar el alquiler y la cuota de la moto, y era mejor eso que trabajar en algo que me quemara la cabeza; además me permitía leer; lo malo era que siempre era lo mismo, y lo peor era que le tenía fobia a las computadoras, a lo digital en general, aunque en realidad creo que por eso estaba ahí: para pelearla, para que no fuera solamente un uy, tengo fobia; yo me testeaba, la luchaba; la cosa estaba en la tensión. Castagna no tenía este problema, este desafío, pero tampoco leía. ¿Qué lees?, me preguntó una vez, la primera: *El jardín de senderos que se bifurcan*, le contesté; no es un libro de paisajismo, le dije, y creo que le dio un poco de vergüenza porque nunca más me volvió a preguntar. ¡Hay fuego en Borges, Castagna, la mirada helada del infierno!, le grité mientras se iba; a veces tiendo a teatralizar un poco, lo sé. Pero esa mañana me sorprendió no ver a ningún representante de la Horda controlando la caja del cyber.

Castagna estaba ahí, como siempre, sentado con una sonrisa y medio durazno. ¿Hubo avances?, le pregunté en broma

pero me contestó en serio, me habló bajito: el gordo sigue ahí. Ahá, hoy es uno de esos días. Parece. ¿Matazombis? Todos muertos. ¿Beodos? Se evaporaron. ¿Misceláneos? Se dispersaron. Hm, eso y la ausencia de la Horda nos deja solos. Miré hacia el salón del fondo: el tubo de luz titiló como siempre y en el mismo instante el gordo alzó su cara desde atrás del monitor; sus ojos estaban desencajados pero había cierto atisbo de expectativa en su mirada: esto era nuevo, no antes visto; no me gustó. Dos novedades, Horda cero más mirada expectante, en una sola mañana no estaba bien, no auguraba nada bueno. El gordo escondió la cabeza pero volvió a pispear. ¿Qué me viste, cara de sándwich a mí?, le grité y eso fue todo por el momento: se hundió de nuevo en su mundo. Siempre me miraba raro, cada vez que se quedaba, pero nunca de esa forma; nunca le había dicho nada yo a él tampoco. Shhh, me decía Castagna, no se tiene que dar cuenta de que lo estamos observando. Demasiado tarde, le dije, aunque te juro que quise ser disimulado. Después comentamos la extraña ausencia del control de caja: se le habrán acabado los chinos, le dije, y no deben querer repetir, ya vendrán. Ahora andate que yo me hago cargo, le apuré la salida un poco porque me gusta la soledad y otro poco porque estaba pensando en reencontrarme con el placer de la lectura, del dolor, y de un sano sufrimiento. Castagna era buen tipo, y estas cosas no se las tomaba a mal; pensé en traerle un churro la próxima vez. Cuando salió le dedicó una sonrisa a Merlina, o Romina, o Yamila, pero la chichi le cortó el rostro, quizás para no hacerle un desaire a su chaboncito con alguien que no fuera yo. Me acomodé entonces atrás del mostrador y abrí el *Manfred* de Byron, de nuevo en la primera página, dispuesto a enfrentar eso que me había conmovido una hora antes y a, esta vez, sobreponerme y salir fortalecido de la lectura.



Leí: *Manfred, solo. Lugar: una galería gótica. Hora: medianoche.* Pensé: qué inexacto, qué impreciso el dato y sin embargo cuánta sugestión, porque ¿qué significa una galería gótica para mí o para otra persona? ¿cómo vivo y siento galería gótica? ¿cómo la conformo en mi mente, yo, o los wachines, o los chinos, o el gordo ese, o el encargado del edificio de la esquina? Levanté la mirada del libro. Broemmel solo. Lugar: un locutorio. Hora: amanecer. Y vi las cabinas vacías y la hilera de computadoras vacías, y la pintura descascarada, y la mugre en el piso, y escuché el ruido titilante del tubo del salón de atrás y hasta creí percibir la respiración cavernosa del gordo o el sonido de su baba mascando alguna gomosidad. Miré afuera: la luz anaranjada ya recortaba la figura de la parejita sentada de espaldas al ventanal, insignificante ante la majestuosidad del alba.

Seguí: *Manfred. Hay que llenar la lámpara otra vez: aun así no arderá tanto tiempo como debo velar: suspiré, mi dormir –si esto es dormir– no es dormir sino proseguir siempre el pensar sin desmayo, que resistir no puedo: no, resistir no puedo, en mi corazón hay una vigilia, y estos ojos solo se cierran para mirar adentro:* alcé la vista, del otro lado de la ventana Yamila me miraba con una botella de cerveza en la mano, su novio sentado de espaldas igual que antes; me hizo un gesto ofreciéndome tomar pero le dije que no; se alzó de hombros, hombros descubiertos, pelito corto recogido con hebillas y atado en una pequeña cola de caballo; recortada por el brillo del sol naciente; se llevó la botella a la boca y tomó levantándola exageradamente como en algún cartel de publicidad.

Seguí: *pero vivo y ostento el aspecto y la forma de los hombres que alientan. El dolor debería instruir a los sabios: la tristeza es saber: pero los que más saben han de tener más luto por la verdad fatal; el Árbol del Saber no es el Árbol de la Vida. Wa chi tu rro, me*

interrumpió salvajemente la música, *esta noche los cumbieros levanten los brazos, los wachiturros tiren pasos*, habían prendido un reproductor afuera, el flaquito movía la cabeza todavía sentado y Renata se meneaba sintiéndose un infierno aunque para mí no era más que la llama de una vela comparada con la Diablesa; levantaba los brazos como decía la canción, *tírate un qué*, se los apoyaba en la cintura, *tírate un paso*, sus labios mimetizándose con la letra, *tírate un ro*, la pollera sobre las rodillas. Les revolée un talonario de facturas contra el vidrio, y pegaron un salto; les hice un gesto con un dedo cruzando mi cuello para que la cortaran con eso y me hicieron caso; Romina me tiró un *fuck you* también, harta quizás de tanto maltrato, pero no se fueron, tenían cerveza todavía. Pude leer un rato más hasta que pasó lo que pasó.

*Ahora a mi tarea, leí. ¡Potencia misteriosa! ¡Espíritus del ancho Universo sin límites, a quienes en lo oscuro y en la luz he buscado; no pude evitar ponerme a pensar en la Diablesa, vosotros que abrazáis la tierra y residís en más sutil esencia; en su pelo negro intenso, casi hasta los hombros, que hacéis vuestra morada en las cimas de montes inaccesibles; en su flequillo que le ponía misterio a unos ojos verdes que daban ganas de matarse y enterrarse a uno mismo bajo ese césped, para quienes son familiares las cavernas del mar y la tierra: en el vello de su pubis cortado casi al ras en la forma de un fénix que sale del fuego con las alas abiertas, os convoco por el conjuro escrito que me da poder sobre vosotros: en la frase tatuada con tipografía minúscula siguiendo el contorno de sus curvas, justo donde termina la espalda y que decía: Ella es ella misma y no es la misma, porque ella es ella y no es ella; ¡levantaos! (Pausa). ¡Apareced! No vienen.*

Pero lo que sí vino, y con fuerza, fue el recuerdo de esa vez en que ella estaba nadando casi desnuda, de noche en la pileta, y digo casi porque tenía puesta una pulsera en el tobillo.

Yo quería ver bien su cuerpo, pero el movimiento del agua le hacía de vestido traslúcido; hasta que me vio ahí parado en el borde y se rio y se acercó despacio, el pelo desordenado, el maquillaje corrido, con una mirada pícara y a la vez angelical. En el camino agarró un pañuelo de entre el montón de su ropa, que había quedado a un costado, y me lo tiró desde el agua; me dijo: ponete esto en los ojos y vení conmigo. Yo me empecé a desvestir pero me aclaró que no, que quería que me metiera con toda la ropa puesta: si me encontrás, me dijo, ya me voy a ocupar yo de eso, pero no le hice caso; pensé: la chaqueta de cuero y las botas no, y me las saqué y me tapé los ojos con el pañuelo y me metí al agua y la busqué. Chapoteaba como una nena por acá y por allá para atraerme y despistarme. En un momento, junto al borde, sentí que los dedos de un pie se apoyaban en mi frente: ahora te lo podés sacar, me dijo, y al retirar el pañuelo de mis ojos vi sus piernas goteando adelante mío. Levanté la mirada y recorrí todo su cuerpo hasta su sonrisa y sus ojos; tenía las manos en la cintura y puesta mi chaqueta de cuero abierta como única ropa, más allá de la pulsera en su tobillo. Me quedo con lo que vos elegiste, dijo; ¿y mis botas?, le pregunté. Me señaló al fondo del agua: espero que sean de lagarto, sonrió, y a mis espaldas escuché una risa gruesa y burlona que la festejaba. Al darme vuelta vi que se sentaba un gordo parecido al del cyber pero más viejo, completamente desnudo, balanceando su estómago hinchado al borde de la pileta; después vi que más atrás había varios otros.

El gordo, pensé, está demasiado callado. Pero en ese mismo momento, casi como si hubiera escuchado una señal, emitió desde el fondo un sonoro eructo. Me fijé si la parejita de afuera lo había escuchado, pero no, seguían en la suya mientras el sol se asentaba en el paisaje urbano: él ahora de perfil con las

piernas extendidas en el suelo, ella parada de espaldas a él, levantando la botella sobre su boca para acabar con la última gota de cerveza que les quedaba.

Me imaginé entonces que la Diablesa cruzaba la calle por la línea de cebra, desnuda salvo por mi chaqueta de cuero abierta, húmeda todavía por la pileta, su cuerpo echando vapor al último frío de la madrugada; y se acercaba al chaboncito ahí sentado y se sentaba arriba suyo, le bajaba de un golpe el pantalón hasta media pierna y lo miraba a los ojos mientras se la agarraba; la chichi todavía de espaldas, sin ver nada, borrachita de su propia belleza, moviéndose un poco como si hubiera alguna música, hasta que me mira como que me ignora, como si estuviera observando su propio reflejo en el vidrio, y yo la miro y la miro a la Diablesa; y no sé si es por eso o porque el chaboncito parece gemir que Yanina se da vuelta y los ve, justo cuando la Diablesa se da vuelta y la mira y le sonrío mientras se monta sobre su novio, a quien ya no le importa nada, raspándose las rodillas contra el suelo porque si duele es un poco mejor; y Mabel o Renata deja caer la botella, la va a agarrar de los pelos, me ilusiono, pero no, la Diablesa sabe y así le gusta; Romina corre adentro del cyber al tiempo que yo salgo de atrás del mostrador porque presiento que quiere abrazarme, y lo hace, y llora sobre mi hombro pero me agarra fuerte y sus dedos se mueven inquietos, y el chaboncito grita y la Diablesa me guiña un ojo, contenta. Parece que cada uno tiene lo que quiere menos yo, pienso cuando el sol entra ya al locutorio: nos va a freír a todos, nos va a hacer ceniza como a vampiros desahuciados; ahí va por los de afuera, ya se hacen bruma sus cuerpos calientes; basta con que ese rayo me toque. *Si es eso... leí.*

*Espíritus del aire y la tierra, no vais a escaparos de mí: por un poder más hondo que todo lo invocado, un hechizo tirano que nació*

en una estrella condenada, el ardiente residuo del naufragio de un mundo demolido, un infierno que yerra por el espacio eterno: por la maldición dura que hay en mi alma, por ese pensamiento que está dentro de mí, y en torno de mí; os obligo yo a cumplir mi deseo: os mando: ¡Apareced! (Se ve una estrella en el extremo más oscuro de la galería: está quieta, y se oye una voz que canta...). ¡RESISTIRSE ES INÚTIL!, me gritó el gordo pegado al oído y me hizo dar un salto en el mostrador que revoleó el *Manfred* por el piso. Mi primera reacción fue violenta: lo agarré del cogote, pero, aunque fofo, el gordo era demasiado grande como para que lo levantara por el cuello. Enseguida miré afuera para ver si la chichi había visto todo y se estaría riendo de mí, pero no, se había sentado y tenía la cabeza apoyada en un hombro de su novio; miraban el amanecer, o dormían. El gordo me escupía mientras gritaba sacado, los ojos a punto de explotar sobre mí como dos huevos fritos; no quería nada de ese arriba mío pero tampoco podía sacármelo de encima: ¡Son los chinos! ¡No hay manera de escapar! Incapaz de moverlo de donde estaba, intenté ser conciliador: bueno ya está, ya va a pasar, está todo bien, buscamos un paquete de papas fritas y nos olvidamos de todo. ¡No entendés! ¡Los chinos no son chinos! Bueno, tranquilo: chinos, japoneses, coreanos... ¡No tienen mente individual!, me seguía gritando y le caía baba de la boca mientras vociferaba con olor a chicito; ¡responden todos a un único cerebro! No me pareció el momento indicado para ponerme a discutir sobre la idiosincrasia de las diferentes culturas, pero algo tenía que hacer porque ahora era el gordo el que me agarraba a mí. ¡Tenés que hacer algo!, me gritó. ¡Sos el único que puede hacer algo! ¿Y eso por qué? Te estuve observando, bajó la voz, sé que le tenés fobia a la tecnología. Bueno a la tecnología no exactamente, más bien a lo digital, ¿pero qué tiene que ver? Sos el elegido, dijo y se puso a jadear casi sin aire. Lo separé un poco y le palmeé un

brazo, aunque lo hubiera cagado a trompadas. En eso miró para afuera, venía cruzando la calle uno de la Horda, y se asustó y se alarmó, me agarró y me gritó de nuevo: ¡Tenés que detenerlos! ¡Responden a una mente colectiva! ¡Los chinos no son chinos! ¡Los chinos son...! ¡Los chinos son...! ¿Qué son los chinos? Los chinos son Borges, me susurró al oído.



## Tres

Desde hace un par de fines de semana creo notar que Miriam se fija en mí. Se llama Miriam, le explico a Broemmel, un poco en serio y un poco en broma, cada vez que la nombra de cualquier manera. Ni Yamila, Yanina, Miranda o Mirinda, tengo ganas de increparlo, con voz firme y directo a los ojos. Aunque él casi nunca hace contacto visual, entonces no digo nada. Lo acepto: con lo de Mirinda estuvo bien, me hizo reír, y a ella le pareció genial. Le habrá gustado que la comparen con algo dulce, efervescente, supongo. Tiene una belleza triste, gastada, y de las chicas es casi la única que se rescata un poco. La sigo con la mirada cuando pasa para el baño; permisooo, voy a cambiarle el agua a las aceitunasss, me avisa, con los ojos inundados de cerveza. Anda de novia con uno de los wachines, un flaquito que usa ropa deportiva varios talles más grande, con los colores de la selección. Algunas noches, cuando empieza a amanecer y ya se fueron todos a bailar, ellos siguen franeleando contra el vidrio. Y otras veces, por detrás de las voces de los matazombis, los oigo discutir mientras se alejan, casi llegando a la esquina. Puedo notar que pelean bastante.

El viernes pasado Miriam hacía la previa con el resto de *la vagancia*, pero estaba sola; esa noche él no apareció. Conversaban, escuchaban cumbia en un celular y tiraban pasos. Se mostraba participativa pero a la vez parecía ausente, al margen de los chistes, y cuando se reía lanzaba pequeñas miradas hacia mi lugar. De pronto agarró la Quilmes de litro y entró al locutorio tomando del pico. Tuc, me la puso adelante. Yo estaba bastante manija, el alcohol me venía bien para bajar un poco. Acepté y tomé un trago bien largo. Ella sonreía y me observaba con el codo apoyado en el mostrador. “Bueno, y vos qué onda”, pregunté, secándome la boca con el puño (viéndome de afuera, estaba un poco asombrado de mi audacia). Ella cambió la postura en respuesta a mi iniciativa. Le cayó bien. Me contó que estaba en tercer año del polimodal, después de repetir varias veces. Ahora tenía el mejor promedio y había sido la última abanderada. Le largué: ¿así que tenés novio? Volvió a cambiar de posición; ahora se movía de manera muy suave al ritmo de la música que venía desde afuera. De repente, uno de los matazombis batió un récord y se armó un mini alboroto a su alrededor. Ella no prestó atención: estaba pensando qué decir. Con cuidado en la elección de cada palabra, me contó que había hecho el amor con varios chicos. Uno más gil que el otro, agregó. Ninguno valía la pena. Asentí y tomé un trago; estaba más relajado y hasta podía mostrar empatía. Siguió: algunos con los que había curtido decían por ahí que ella era “rara”; se arrepentía de haber debutado tan pronto. Exhaló un suspiro reflexivo. Que el novio de ahora zafaba, aunque era bastante parecido a los anteriores, pero disimulaba mejor. “¿Y vos?”, soltó de golpe, con la mirada brillante y una actitud renovada. ¿Y yo? No supe qué decir. Al recortarme de la situación, de ese cuerpo y de la cercanía que no podía manejar, me vi tan solo, miserable y desesperado,



que tuve un escalofrío. La amargura me subió junto con el gas de la cerveza. Eructé para mis adentros y empiné la botella buscando ganar tiempo. Ella esperaba mi respuesta con una sonrisa que se iba desdibujando. Por el costado del ojo yo podía sentir la luz del tubo, esa amenaza titilante. Para colmo se me había terminado la bolsa. Primeros indicios del bajón: ansiedad galopante. Las paredes se me venían encima. Tragué, raspando en el fondo de la garganta para que bajaran los últimos restos de cocaína. En eso, vi que por debajo del pelo de Miriam, a la altura del hombro izquierdo, algo se movía. Dos mechones se abrieron como un telón y apareció un ratón blanco. El corazón me hizo *plop*, casi escupo todo. Era lindo, esponjoso, y alzaba el hociquito buscando mi olor en el aire. Ella me miró, lo miró a él y largó una carcajada hermosa. Al mismo tiempo, por el hombro derecho, asomó un segundo ratón. Idéntico al primero. Mantuvo el equilibrio y se paró en las patitas de atrás. Yo no lo podía creer. Un ratón blanco de cada lado, con las uñitas clavadas en la remera de All Boys. Un tic en el ojo de uno, un titubeo en el bigote del otro. Estaban en alerta, estudiándome. Ella se reía de mi cara de asombro. Me los presentó: él es Juan y él es Sebastián, me acompañan a todos lados. Y después, a ellos: chicos, no pasa nada, tranquilos, él es Castagna, un amigo. Juan y Sebastián me apuntaban directo con unos ojos que eran como agujeros negros, diminutos, inexpresivos. Miriam sacudió el cuerpo y bajaron a toda velocidad por los brazos. Te quedaste callado, *Casti*, se entristeció. Y mientras ellos daban vueltas olímpicas alrededor del mostrador, pasó a contarme su historia.

La madre de Miriam murió cuando ella era muy chica; era una de las azafatas en el accidente de LAPA. El padre trabaja como encargado de la seguridad nocturna en una empresa



**¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?**

**Podés adquirirlo en [www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)  
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones  
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?